

Para evadir el cierzo de la muerte que llega

Enriqueta Ochoa

De ti lo habría amado todo.
Tu cabeza doblada como luz de topacio en el hastío.
El llanto, la caricia, la palabra brutal,
la soga que amansara mis ímpetus cerriles,
y sobre todo el hijo.
Ese mar
que juntara la turbulencia brava de nuestras avideces.
Ese mar donde irían haciéndose profundos
de ternura los ojos.
Pero ni tú ni yo vivimos el momento propicio para amarnos.
De paso en paso, un abismo,
en cada oreja una espina,
en cada latido un monte de zozobra
quebrantando el resuello.
Y de qué sirve odiar, forzar,
hacerse añicos dentro,
si todo es ir buscándonos;
hasta en el amor, buscándonos,
arropándonos para evadir el cierzo
de la muerte que llega.
Lucha por subsistir,
por mirar nuestro polvo crecerse en otro polvo.
Por encontrar de nuevo la oquedad amorosa
que libre a los sentidos
de la asfixia más pura de la muerte:
la soledad.
Pero hay quienes nacimos para morir en nuestro propio cuerpo.
No hay puertas. No hay ventanas.
Las ventanas incitan sin saciarnos,
las puertas nos liberan,
más no hay puertas, ni ventanas.

Hay la fiebre en los ojos
que va tras de la luz estremeciéndose.
Hay la sangre a galope,
el desvaído paso recorriendo las calles aturdidas
de sinfonolas, y magnavoces, y estridencias de claxon,
y el viento barriendo hojuelas doradas de elote
en el mes de Junio,
y la fresca respiración que emana
de las puertas de un cine
donde ruedan botellas de Coca-Cola
y envolturas de Milky Way
y la arena caliente del aire sofocado
y el amor... ¿Dónde?
y los amantes... ¿Dónde?
y tú, amor, viento, canto, ¿Dónde?